

PALABRAS DESDE LA AUSENCIA PARA MI PADRE MUERTO.

Gracias padre por partir antes que yo me ausentara, esto me permite a través de la palabra estar presente en tu funeral desde mi ausencia. Quizás sea esta la marca que anuncia el prelude de nuevos encuentros, anudados a los vínculos que la muerte inaugura.

¿Será padre esta la forma de ganarle a la muerte?

¿Será la palabra la que sostiene en la ausencia de olvido, el modo de poner la vida sobre la muerte?

Tu muerte no deja a tus hijos huérfanos, ni a tu mujer viuda, ni a tus nietos carentes de la indulgencia que los abuelos prodigan si sostenemos juntos la palabra que avive el recuerdo.

Nos dejas la palabra para nombrarte y así, en el pase de un artilugio, en las maromas de la magia, en los secretos de iluminados sortilegios te prometemos sostener el acto pródigo de una finta a la muerte.

La nombraremos de frente para así no temerle. La miraremos a los ojos con la mirada de la vida y la fuerza que la memoria inscribe en un epitafio indeleble.

Te prometo desterrar al olvido con el coraje que los linajes obligan.

Te prometo escribir y escribirte.

Ha caído el telón de tu último Acto.

Aún sostengo tu última mirada, aún me habita la profundidad de tu pupila sosteniendo la emoción de tu celebración de cumpleaños.

Los brindis de hace unos días a tus 88 años no ocultaba los loables propósitos del anuncio de una partida jugada.

Habías preparado la escena para de ese modo inscribir la vida que la muerte paradójicamente anuncia en lo que ella tiene de resurrección.

El prelude de tu muerte se anunciaba entre alegrías, emociones y risas.

Hubo una palabra para cada uno de nosotros, te prodigaste en gestos para que nadie quedara excluido. Los ausentes también estuvieron en las marcas extrañamente familiares que la sangre no resigna.

Entonaste un Aria silenciada por la mudez del cuerpo, pero amplificada por el recuerdo de tu canto que inunda el espacio de nuestra memoria.

A los pocos días te dormiste padre y tu pupila no encontró mi ojo como mi mirada ya no encontró la tuya.

Te dormiste con la paz del ángel de la enunciación.

Te dormiste padre venciendo a la angustia con la que la muerte nos engaña y nos aparta del canto de vida.

Tus notas de tenor cansado le cantaron a la muerte, que seducida se rindió para dormirse al lado de la vida inaugurando de ese un nuevo acto de resurrección.

La vida eterna cubrió de ese modo a la muerte y la sostuvo en las notas de un miserere.

¿Sería ese el gesto pródigo de tu mano que sostuvo en la piedad la de tu amante esposa?

¿Serían los rictus de una nota musitada en tu silencio la que nos permitía nombrarte y así velar tu sueño?

¿Sería que seduciste a los ángeles con tu canto que ensimismados esperaron el término del aria que diera paso a la muerte?

¿Será que el silencio de tu canto se mutó en el último de tus suspiros ofrecido como ofrenda al dolor de tu mujer?

Yo me encuentro hoy día en la hora de responsos y funerales, observando por una ventanilla las nubes, por si se filtra en ellas algo de tu alma que ascienda desde las cenizas de tu cuerpo, para ofrendarte en mi ausencia el llanto que insiste en derramarse como tu derramaste en mí el don de la vida.

Oraré por ti en ese acto.

Padre mío, padre nuestro que...estarás en los cielos.

Sólo te pido que generoso, cuando estés en los cielos le prodigues a Dios la misma área de Requiem con la que te despedimos.

Que lo hagas divinamente, con esa voz divina que Dios te dio.

Así recordará Dios tus talentos humanos y de seguro te incluirá en un coro de ángeles.

Canta sólo por hoy más fuerte que nunca para acallar el impúdico llanto de tu mujer, tus hijos y nietos, que te prometen a partir de hoy, con las notas que la escritura posibilita engañar a la ausencia que tu muerte convoca e inscribir la vida en las huellas imperecederas de la memoria.

Así escribiremos para que tu muerte mate el olvido y de ese modo intentemos vivir sin ti.

Tu hijo Alex